

RETROSPECTIVAS

La Hipocresía

Si dentro de los límites del orden natural de cosas en el mundo, cupiese o fuese posible la coexistencia visiblemente real y material de todos los vicios y pasiones que son inherentes a las miserias humanas; si el hombre tuviese poder bastante para que a su arbitrio pudiera hacer aparecer ante su vista, como se las forja en su imaginación, aquellos fantasmas personificados orgánicamente; en este momento evocaríamos el espectro de la hipocresía, no dudando que su sola presencia hablaría con más elocuencia y con más persuasión, y demostraría irrefutablemente cuán perjudicial es para la sociedad aquel odioso vicio, que no lo hará el hombre con sus débiles escritos en un voluminoso tomo de consideraciones sobre este asunto.

La hipocresía es sinónimo de la mentira, son dos causas tan semejantes que casi siempre producen los mismos efectos. Pero la primera, considerada con toda la ingenua significación de la palabra, denota mayor perversidad, más doblez, es tal vez la misma mentira juzgada en su más alto grado de culpabilidad.

Por esta persuasión nuestra no titubeamos en afirmar que en el corazón humano donde tiene entrada la hipocresía será asequible también a todos los demás vicios y malas pasiones, porque el hálito impuro de la mentira corrompe o rehuye de sí los más nobles sentimientos.

La hipocresía es un vicio social; no un vicio ingénito en el hombre, es una calamidad para él como lo son la ignorancia, la inmoralidad y el escepticismo; es un mal que no nace con el hombre, pero sí nace de él. Un cuerpo que no se corrompe, no se descompone si no está en contacto con el aire; los hombres no fueran hipócritas, ignorantes y escépticos, si no existiese la causa que obra en ellos estos efectos.

Ya lo hemos dicho; el hombre que pretende encubrir sus acciones y sentimientos con la odiosa máscara de la hipocresía, denota a todas luces abrigar un alma mezquina y gastada; porque de unos labios acostumbrados a la doble y falaz palabrería, rara vez saldrá el acento puro de la verdad; en su rostro, apto para expresar, según las circunstancias requieren, toda clase de afectaciones que su corazón no siente, nunca se verá asomar el carmín de la noble vergüenza; su con-

ciencia inasequible a todo sentimiento loable y generoso, jamás dictará ni hará crecer en su mente un pensamiento noble, ni concebir nunca una idea salvadora.

Por esto vemos que la hipocresía infecciona con sus miasmas todo lo más santo y más digno que hay en la tierra: ¡La religión, la amistad, el amor, el cariño paternal y filial, todo lo abarca!

Patentizamos antes la odiosidad de la hipocresía, para combatirla luego hasta donde alcancen nuestras débiles fuerzas. A este fin procuraremos presentarla bajo sus tres distintas acepciones: hipocresía civil, política y religiosa.

En el orden civil, es decir, en el trato social, es en donde la hipocresía ha imperado siempre con más intensidad, y en donde también, desgraciadamente, vemos reproducirse con más frecuencia sus tristes efectos.

Un corazón virgen, un alma pura y entusiasta, atraída por el poderoso incentivo del instinto natural, lánzase audaz y confiado en ese mar de ilusiones que llamamos mundo, boga afanoso en pos de los goces y afecciones, lo ve todo bajo el prisma de la belleza y sublimidad, goza, triunfa y cree ver ya realizados sus fantásticos ensueños, cuando un rudo soplo del desengaño seca la lozana flor de sus ilusiones; y el aspecto de la hipocresía cubre con su mano airada y con un denso velo el fantasmagórico paisaje que forjará su mente, para mostrarle el páramo erial de la doblez y la mentira. Entonces el hombre, que tan bruscamente mira obstruido el camino de la vida que antes creyera sembrado de flores, cuando ve que aquel acento mágico que le brinda adoración y delicia, era solo una voz falaz y ficticia, cuando mira tronchada la flor de sus primeras ilusiones, por los rudos cierzos del desengaño; entonces, cierra su corazón al amor y a todos los sentimientos juveniles, y vive cual parásita planta en medio de un pensil de flores, indiferente a sus propias afecciones, o lo que es peor, aleccionado con su misma experiencia, lánzase ciego en el torbellino de las pasiones y se esfuerza en fomentar los males de que él un día fue víctima. He aquí a lo que, respecto al amor, conduce la hipocresía.

(Sigue en la pág. 357)

(Viene de la pág. 352)

Otra afección alimentase en el humano pecho, una afección pura y santa como la del amor, quizá no tan profunda como ésta, pero más duradera, más respetable, y asaz también juguete de la hipocresía. Es el sentimiento de amistad. Es muy único y consolador para el hombre que vive en sociedad, el poder depositar en el seno de sus amigos, así las penas como las alegrías, de que, en distintas ocasiones, se halla poseído su ánimo. El espíritu de sociabilidad desenvuelto de las tendencias fraternizadoras de la civilización de nuestro siglo, requiere que los hombres se prohíjan mutuamente sus afectos, y en cumplimiento de la involucrable ley que impele a la humanidad al realizamiento de su oculto destino, todos tenemos uno o muchos amigos en quienes desahogamos nuestros corazones, repartimos nuestras alegrías, nuestros pesares, hacemos partícipes de nuestros deseos, y consultamos nuestras determinaciones. Mas, ¡ay!, también la hipocresía sentó su impura planta en el corazón de la amistad, también con su envenenado aliento infeccionó el aroma de sus flores. Así vemos al hombre en los momentos que airada la veleidosa suerte cebe en él sus rigores, y acumula sobre su cabeza desdichas sobre desdichas, arrojarse confiado en brazos de la amistad creyendo encontrar en ella un lenitivo a sus pesares, y un amigo hipócrita vendiendo cariño fraternal y aparentando cicatrizar las llagas de sus dolores, solo acecha el momento propicio para aprovecharse en contra del que lo implora, y desvanece con un cruel desengaño las consoladoras esperanzas que falazmente había hecho alimentar en el conturbado corazón de su amigo. El ejemplo es contagioso; y el hombre que se ve torpemente burlado o malquistado en su honra e intereses por el aleve disfraz de la hipocresía, no es extraño que desoyendo la voz de su conciencia y despreciando los preceptos de la moral y la justicia, ensañe contra sus semejantes las mismas armas con que él ha sido herido.

De aquí se origina ese descrédito, esa poca fe, de aquí esas felonías inmorales y abusos de confianza, que cual mortífero cáncer putrifican el corazón de la sociedad moderna y mancillan la noble enseña de LEGALIDAD plantada por la mano poderosa del genio de la civilización, en el corazón de nuestro siglo.

El cariño filial y paternal, esa sacra llama que Dios encendió en lo más profundo del corazón humano, tampoco ha podido sustraerse del frío contacto de la malhadada hipocresía, también sus sombras funestas oscurecen con frecuencia la brillantez de su santidad.

Hay padres que hipócritamente muestran cariño a sus hijos, y en momento de prueba, cuando éstos, víctimas de su inexperiencia o irreflexión, demandan e invocan en sus tribulaciones todos los afectos más queridos de su corazón, les niegan aquel amor que nunca han sentido, dejándoles abandonados a su propia suerte, expuestos a caer en las redes que el crimen tiende de continuo a la humana fragilidad.

Hay hijos que, esquivando de sí la voz de la razón y de la naturaleza, aparentan amor y adhesión a sus padres en tanto que éstos no necesitan de sus auxilios. Pero viene el día en que la mano inexorable de la vejez encorva hacia la tierra el cuerpo de los autores de sus días y debilita sus fuerzas físicas e intelectuales, y entonces, tendiendo sus trémulas manos hacia sus hijos, y confiados en las bellas esperanzas que les hiciera presentir su conducta pasada, creen vislumbrar bajo la sombra protectora del filial afecto, días de paz y bienandanza y una vejez tranquila; mas ¡ay!, sus hijos, mostrando su embozada malignidad, conculcando todas las leyes divinas y humanas, nieganles una mano amiga y cariñosa para guiarlos en la áspera senda de la ancianidad, y les dejan abandonados, solos, sin consuelo ni auxilio alguno, expuestos a los horrores de una miserable senectud.

Si vemos, pues, que la hipocresía es una verdadera plaga para la sociedad y la familia, si a cada momento estamos palpando sus funestos resultados, si vemos que, cual metífico ambiente, corrompe y mancilla todo lo más santo y más puro de los humanos atributos; procuremos todos, por medio de buenos ejemplos de instrucción y moralidad, extirpar del seno de la sociedad ese odioso vicio que, cual inundo gusano, corroee sus entrañas.

En otro artículo procuraremos demostrar, circunscribiéndonos a nuestros pobres alcances, lo perjudicial que es a la sociedad, la hipocresía política y religiosa.

JOSÉ GÜELL Y MERCADER.

(Publicado en «El Eco del Centro de Lectura» de 18 de diciembre de 1859.)

El Grupo Fotográfico y de Cinema

os recuerda que todos
los jueves a las 8 hay
proyecciones en el Centro.